

ACADÉMICOS ILUSTRES

TOMÁS QUEVEDO GÓMEZ* Con sentido del humor médico

Tomás Quevedo Gómez: With a Medical Sense of Humor

Tiberio Álvarez-Echeverri *

* Grupo de Estudio de la Historia de la Cirugía en Antioquia. Facultad de Medicina. Universidad de Antioquia. Comité de Historia de la Academia de Medicina de Medellín. Miembro honorario de la Academia de Medicina de Medellín.

Correspondencia:
maqmd@une.net.co

Cómo citar: Álvarez-Echeverri T. ACADÉMICOS ILUSTRES: Doctor Tomás Quevedo Gómez: con sentido del humor médico [Tomás Quevedo Gómez: With a Medical Sense of Humor]. Anales de la Academia de Medicina de Medellín (An Acad Med Medellín). 2026;22(1):60-67.

Doi: <https://doi.org/10.56684/ammd/2026.1.08>
<https://www.ammedellin.com/revista-anales/2026-1.60>

Entrevista personal del Dr. Tiberio Álvarez Echeverri con el Dr. Tomás Quevedo Gómez.

Medellín, Finca La Fragua, 1990.

Resumen

A partir de sus "memorias" y de una entrevista personal con el doctor Tomás Quevedo Gómez, el autor hace un recorrido, durante gran parte del siglo XX, sobre la vida de un médico gastroenterólogo, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, miembro muy activo de la Academia de Medicina de Medellín, ceramista y, sobre todo, escritor de temas médicos con el picante del humor. Se da, además, una mirada a la manera de enseñar, estudiar y atender enfermos en la Policlínica Municipal de Medellín.

* El doctor Quevedo fue miembro Honorario de la Academia de Medicina de Medellín y de las Sociedades Colombianas de Gastroenterología y Endoscopia Digestiva, miembro fundador de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina y correspondiente de la Academia Nacional de Medicina. Publicó 48 trabajos sobre su especialidad en revistas y libros, del país y del extranjero. También publicó tres libros: *Humor y medicina* (1995), *Elogio del Ocio* (2000) y *Cuentos* (2003). Dejó dos obras inéditas: *Historia de una vocación* y *Pioneros de la medicina en Antioquia*. El doctor Quevedo ejerció la profesión hasta 1998. Nació y murió en Medellín, junio 2 de 1916-enero 20 de 2004.



Dr Tomás Quevedo Gómez, Foto Tiberio Álvarez E. Circa 1990.

Palabras clave: Historia de la medicina; Concursos académicos; Gastroenterología; Escritura; Humor médico.

Keywords: History of Medicine, Academic Competitions, Gastroenterology, Writing, Medical Humor.

Abstract

Based on his "memoirs" and a personal interview with Dr. Tomás Quevedo Gómez, the author traces a journey through a significant portion of the 20th century, exploring the life of a gastroenterologist, professor at the University of Antioquia's Faculty of Medicine, and highly active member of the Academy of Medicine of Medellín.

The text highlights his multifaceted nature as a ceramicist and, above all, as a writer of medical themes characterized by a sharp sense of humor. Furthermore, it provides insight into the methods of teaching, studying, and patient care at the Municipal Polyclinic of Medellín.

Introducción

Médico, profesor, gastroenterólogo, historiador y humorista, este descendiente de los Quevedo, pioneros de la medicina en Antioquia, continuó con éxito el camino que empezaron a trazar sus antepasados; sin embargo, él lo hizo con el humor como una constante en la práctica médica, pues consideraba que, en este oficio, las situaciones cotidianas que lo desatan son constantes, bien por el contacto con los pacientes, bien por lo que ocurre en la práctica, bien por lo que pasa en la enfermedad.

El doctor Tomás Quevedo Gómez destacó como médico en la especialidad de la gastroenterología, como profesor de diferentes cátedras en la

Universidad de Antioquia, de donde se graduó en 1943, y como miembro de varias asociaciones, entre ellas la Academia de Medicina de Medellín, de la cual también fue presidente. Tuvo su consultorio en la Clínica Medellín. Escribió varias obras sobre el humor en la medicina y sobre la historia médica antioqueña, con especial referencia a la familia Quevedo; además, fue un connotado ceramista. Es el padre del doctor Emilio Quevedo Vélez, director de la extensa obra *Historia de la medicina en Colombia*. Del Dr. Augusto, médico pediatra y de Tomás y Raúl.

El apellido Quevedo

El apellido Quevedo es de origen español. Por ahí figuran en la historia nombres famosos como Quevedo Villegas; también, el caballero de Calatrava, el de la tercera Cruzada que se dice nació en San Martín de Quevedo; y más cerca, José Ignacio Quevedo Amaya, el mismo que realizó en Medellín, en 1844, la primera operación cesárea de Latinoamérica con éxito para madre y niño, mucho antes de la aparición de la anestesia y la antisepsia. Además de la cesárea y del ejercicio profesional y docente, José Ignacio fundó la *dinastía quevedesca*, que por generaciones ha dado lustre a la medicina colombiana. Uno de sus 28 descendientes es el doctor Tomás, médico gastroenterólogo, profesor, historiador, humanista, humorista, escultor, escudriñador de las cosas médicas, académico y un estudioso de las hechuras de los Quevedo.

Durante muchos años vivió en las afueras de la ciudad, en uno de los sitios de veraneo más importantes que poco a poco se convirtió en un barrio más, pobre, por cierto. Ya las casas de la barriada casi llegan a La Fraga: “*Cuando construí esta casa solo tenía sala, comedor, cocina y una pieza, pero a medida que llegaba cada hijo le agregué piezas, hasta convertirse en una especie de tren. Estas pinturas son del maestro Francisco Antonio Cano, amigo de mis antepasados. Como mi madre fue de gran belleza física, le sirvió como modelo en varias obras, entre ellas esta que no alcanzó a terminar*”, dice. Mientras conversamos en la biblioteca, acompañados de su esposa, muestra sus

escritos, esculturas en cerámica, documentos, cartas amarillentas, cartas de luto, dedicatorias y fotografías de otros aires, tiempos y *quevedos*; todo matizado con el fino humor y cierta sonrisa satánica. Estamos en la antigua carretera al municipio de Guarne, vereda Granizal, comienzos de los años ochenta.

Los antepasados

“No sé por qué decidí estudiar medicina. Quizá influyó el ambiente en que fui criado, las idas a la “pildorería”, las conversaciones con mis tíos y las historias de mis antepasados. El primero de ellos, José Ignacio Quevedo Amaya, bogotano, uno de los médicos de cabecera de Santander, que después de la muerte de este se vino a trabajar a Medellín en 1843 y que fue connotado profesional. Como que realizó la primera operación cesárea con extracción del feto vivo aquí en la fracción de La América, en 1844; fue uno de los fundadores de la Escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia y de la Academia de Medicina de Medellín. Tuvo 10 hijos de su esposa Rafaela Restrepo, nieta de José Félix de Restrepo. De los tres hombres, Tomás estudió medicina en Bogotá y luego en París, en 1873. Allí escribió unas notas sobre lecciones de oftalmología recibidas de los profesores Dagué y Galezowski, que le sirvieron para ejercer esta especialidad en Medellín y realizar la primera operación de cataratas por extracción, en 1874. Antes se operaba por «abajamiento». Tres años más tarde, en asocio de doña María Jesús Upegui, fundó la Casa de Huérfanos y el Hospital de Enajenados, de los que fue el primer médico. Con los doctores Juan Bautista Londoño y Antonio J. Peláez realizó, en 1893, la primera craneotomía en Colombia, en un paciente con tumor cerebral previamente diagnosticado y localizado. De las mujeres, Juana aprendió de su padre, por tutoría, lo relacionado con el ejercicio médico. Lo acompañaba en sus labores y, poco a poco, adquirió los conocimientos y experiencias. Tenía consultorio en lo que

se llamaba Alto del Caballo, hoy Carrera El Palo, entre calles Cuba y Miranda. Aunque no tuvo título universitario puede considerarse la primera mujer médica de estos contornos. Otro antepasado importante fue Emilio Álvarez Lalinde, hermano de la esposa de Tomás Quevedo Restrepo, quien, una vez terminados los estudios en Bogotá, 1872, trabajó en la República de El Salvador y tuvo gran influencia en el desarrollo de la medicina centroamericana, pues creó la cátedra médica de San Salvador, donde le erigieron un monumento con su estatua en 1901, según datos aportados por el historiador español Francisco Guerra.

Mi abuelo, Tomás Quevedo Restrepo, tuvo también 10 hijos de su esposa Lorenza Álvarez; entre ellos, Tomás y Emilio, médicos, y Raúl, mi padre, ingeniero. Los dos primeros se asociaron con Octavio, otro hermano farmacéutico, y continuaron con la farmacia Quevedo, fundada por mi bisabuelo, la cual tenía su «pildorería», una pequeña pieza donde fabricaban drogas. Todavía la recuerdo. Otros Quevedos importantes han sido Jorge Cock Quevedo, fundador de los Boys Scouts en Antioquia y Elkin Lucena Quevedo, pionero de la inseminación artificial en Colombia. Quizá estas historias de mis antepasados me indujeron a estudiar medicina. En 1935 me presenté a los exámenes de admisión a la Escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia, que eran enviados de Bogotá. Recuerdo que el examen de francés consistió en traducir un artículo sobre la Liga de las Naciones”.

La figura del «Negro» Joaquín Aristizábal Mondragón

“Durante mis estudios médicos me tocó experimentar el proceso de cambio en el sistema de enseñanza. Todo comenzó con la crisis política de los años 35 y 36, cuando todos los profesores de la Facultad de Medicina que pertenecían al Partido Conservador, con

excepción del doctor Juan Bautista Montoya y Flórez, renunciaron porque habían echado de su puesto de jefe del Hospital a un doctor Botero Marulanda. En ese entonces, el decano Martiniano Echeverri Duque, ante el problema presentado y la responsabilidad que tenía de continuar la enseñanza, llamó a los médicos que conocía y querían participar. Como puede deducirse, la calidad del profesorado fue variada, pero con el tiempo se fueron los malos o regresaron los buenos. Entre los profesores venidos de pueblos para solucionar la crisis estaba el doctor Joaquín Aristizábal Mondragón. Vino de Jericó y fue nombrado director del Hospital y profesor de urgencias y ortopedia. Al principio no fue bien recibido, por aquello de «médico de pueblo», liberal, desconocido y “negro”. Aristizábal era de estatura mediana, complexión robusta, pelo ensortijado, ojos verdes hipnotizadores, que hacían sentir «pordebajada» a la gente. Algunos estudiantes también trataron de bloquearlo, pero cuando se discutió el caso de un paciente que, según unos, el diagnóstico era de hernia estrangulada, y él sostuvo que era una apendicitis aguda dentro de un saco herniario, lo que se comprobó en la intervención, empezamos a respetarlo, quererlo y decir: «¡Ese hombre sabe mucho!». Los aprendizajes con este maestro fueron prácticos, y como era tan aventado, operaba y enseñaba a operar lo que se presentara, así fuera de cráneo, abdomen, tórax, miembros. Pero digamos con franqueza que Aristizábal era más bien «machetero», sin mucha estética quirúrgica. Pero sí muy arriesgado. ¿Cómo enseñaba? Por ejemplo, un día llegaba a clase, corría lista de estudiantes y decía:

—Ortiz y Quevedo: mañana operarán a esta señora de histerectomía.

—¿Pero ¿cómo así, doctor? ¡Nosotros nunca la hemos practicado!

—Y, entonces, ¿cuándo la piensan hacer? Si no lo hacen conmigo ahora, ¿cómo le solucionarán el problema al paciente allá en el pueblo? Ustedes ya pasaron por Técnica

Quirúrgica, así que repasen esas nociones y mañana harán la histerectomía.

Hacíamos lo que ordenaba el maestro, claro que con mucho susto. Al llegar a la sala de operaciones ya la hermana Filomena nos tenía todo preparado. Empezábamos a operar y, cuando estábamos cerca de las arterias uterinas y de los uréteres, se aparecía Aristizábal, observaba lo que hacíamos y decía:

—Van bien, muchachos. Liguen por acá y después cierran de tal manera —y era que la monja que vigilaba ya sabía en qué momento llamaba al maestro.

Así nos estimulaba, enseñaba, asesoraba y estaba pendiente de nosotros. Se hacía amigo de los estudiantes. Por las noches, allá en Policlínica, nos reuníamos un grupo de compañeros con los profesores Aristizábal, Carlos Vásquez Cantillo y el gran cirujano Pedro Luis Arias, “Pedrolo”. Hacíamos apuestas sobre los diagnósticos y el pago eran cajetillas de cigarrillos Lucky, que costaban \$ 0.50. Una vez atendimos a un señor que tenía un cuadro de abdomen agudo. Como el maestro nos preguntó el porqué de dicho cuadro patológico, pues lo examinamos y palpamos por todas partes, y como el problema aparentemente era del abdomen, a ninguno se le ocurrió auscultarle los pulmones. Cuando regresó Aristizábal, dijo:

—Bueno, muchachos. ¿Ya tienen el diagnóstico? ¿Le oyeron los pulmones? —Todos contestamos al unísono: —¡Sí, doctor!

—Y, ¿qué le oyeron?

—¡Nada le oímos, doctor! Y contesta el maestro, entre pícaro, irónico y ofuscado: —yo tampoco le oí nada, y por eso diagnosticué derrame pleural.

Este era el sistema de enseñanza de Aristizábal. Nos azuzaba, nos hacía pensar y, a veces, daba la respuesta entre irónico y burlón, lo que entendíamos perfectamente. Fue así como aprendimos”.

Las sabaletas de Venedo

“Después de estudiar, trabajar, diagnosticar y llegar las doce o una de la mañana, cuando no había mucho trabajo, íbamos con los maestros a tomarnos un trago de café y a comer sabaletas donde Venedo, un señor que las vendía a dos pesos cada una, todo un personaje. Era muy ladrón, con un sistema especial de cobrar.

—Venedo, ¿cuánto le debo? Y contestaba: —a ver, hagamos la cuenta, una sabaleta que pidió, una que le traje, otra que se comió, son tres; la del chofer, —que era uno mismo— son cuatro. Díganos que me debe cinco sabaletas para redondiar, que son veinte pesos —el doble—.

Este grupo era muy querido. Todos muy atentos y amables. Creo que esa integración de sentimientos y amistad también fue parte de esa revolución de la enseñanza médica. Los profesores se hicieron amigos de los estudiantes y dentro de una atmósfera de respeto se fueron perdiendo las barreras que existían entre los mismos. Pedrolo fue cirujano de una habilidad poco común, amén de una mente ágil. Años más tarde, estudió ortopedia en Estados Unidos. Cuando regresó, ya tenía síntomas de cisticercosis cerebral, con trastornos mentales y convulsiones, que dieron al traste con su vida. Antes de su derrumbamiento fue uno de los forjadores de esta Escuela, al lado de Aristizábal y Vásquez Cantillo. Este último, nació en Bogotá y estudió allí, y en España. Tenía vasta cultura, inteligencia y sentido del humor. Empezó a formar especialistas en lo que se llamaba órganos de los sentidos. Sus primeros alumnos fueron Hernán Londoño Vélez y Alberto Llano”.

El feudo de cirugía

“Los cirujanos formaban un círculo muy cerrado, donde casi nadie podía entrar. Era selectivo. Romper ese círculo fue una de las obras de Aristizábal. El cirujano estrella era

Gil J. Gil, y nadie más. Primero, regentó la cátedra de Cirugía Ginecológica y, luego, a la muerte del doctor Juan Bautista Montoya y Flórez, en 1937, pasó a Cirugía General, donde fue el mandamás hasta su muerte, en 1948. Con el tiempo le dio oportunidad a su hijo Iván, así como Montoya y Flórez se la había dado a su yerno Gonzalo Botero Díaz. A la muerte de Gil J. Gil entraron al feudo Gonzalo Botero Díaz y Alberto Gómez Arango. Estas dinastías o feudos eran frecuentes, como las de urgencias, ginecología y urología, esta última dirigida por Braulio Henao Mejía, que trabajó muchos años con un negro enfermero llamado Don Víctor, encargado de las dilataciones uretrales con beniqués, de las uretrotomías y del pasaje de sondas a la vejiga. Era tan experto que con el tiempo se encargó de enseñar esas prácticas. Por eso se decía, refiriéndose al Servicio de Urología, «el servicio de don Víctor».

Con la ruptura del círculo quirúrgico pudieron entrar otros cirujanos como Hernando Vélez Rojas y Hernando Echeverri Mejía, los famosos Hernandos. Al primero le decían el Padre Eterno, por la lentitud con que operaba. Aristizábal le decía: «*Vea, Hernando, yo me explico que usted se gaste una hora para abrir el abdomen, una para sacar la vesícula, una más para cerrar la pared, pero... ¿qué hace la otra hora?*». Echeverri Mejía se dedicó a la ortopedia y a la traumatología.

Otro cirujano de esa época fue Alberto Saldarriaga Vélez, quien vino de Francia, donde estudió en Estrasburgo con el profesor Leriche. Vivió allí muchos años; tantos, que casi se le olvidó hablar español. Primero fue profesor de ginecología; después, trabajó con el doctor Gustavo González Ochoa, y se convirtió en el pionero de la cirugía infantil en nuestro medio. Saldarriaga Vélez era malhablado, boquisucio. Una vez una señora le llevó su pequeño hijo a quien había operado de pie equino y le dijo: «*Doctor, el niño está empujando el pie otra vez, y la gente me dice que le unte manteca de oso para que se alivie*». Y Saldarriaga le respondió

en tono sarcástico: «*Vea, señora, revuélvala con mierda de alacrán, raspadura de culo de oveja y agua bendita, y no le ponga unos verracos zapatos para que vea como se lo traga la puta tierra*». A cada rato le decía a la monja que ayudaba en las operaciones: «*Hermana, póngame ese banquito debajo del culo*». Todo esto le fue creando un ambiente incómodo. Años más tarde se fue para Bogotá.

Gil J. Gil, de Yarumal, estudió medicina en Estados Unidos, y bien pudo ser uno de los primeros médicos que trajo a Antioquia la influencia de la medicina gringa, aunque se regía mucho por la francesa. Muchos dicen que fue formado por Montoya y Flórez, aunque no lo creo. Cada uno trabajó por su lado. Eran un poco egoístas y no se pisaban los talones. Gil J. Gil y Alfonso Castro Jaramillo, médico y literato famoso este último, se hicieron cirujanos por fuera de la Escuela de Medicina. Junto con Montoya y Flórez fueron los primeros en fundar clínicas privadas o particulares en Medellín. La de Montoya y Flórez se llamó Clínica La Samaritana, quedaba en La Playa, entre Junín y Palacé. La Clínica Gil quedaba en la Calle Calibío, entre Carreras Bolívar y Carabobo. Como dato curioso, recuerdo que la sala de cirugía tenía materas para adornar el ambiente. La de Castro, Clínica La Merced, estaba en la Carrera El Palo, entre Calles Maracaibo y Caracas. Castro Jaramillo era un tipo de carácter, buen cirujano, gran político y excelente escritor, uno de cuyos cuentos, *Sansón Montañés*, figura en algunas antologías. Su hijo Jorge, cirujano de colon y mama, no pudo ejercer en Medellín por aquello del «círculo cerrado». Luego de estudiar en Estados Unidos e Inglaterra, ejerció en Bogotá”.

Otros profesores

“Cuando empecé a estudiar medicina, en 1936, hacíamos primero lo que se ha llamado el «menos uno», con materias como higiene, que la dictaba el doctor Wenceslao Montoya

Tirado, "Melao". Para asistir a anatomía nos poníamos unos delantales grandísimos que llegaban hasta el suelo y se amarraban por delante. Estos delantales se cambiaban por las blusas cuando entrábamos a las materias clínicas y ya se nos identificaba como médicos. El estudio de la anatomía duraba dos años. Seguíamos al pie de la letra a Testut-Latarjet. Los profesores eran «Pelón» González y el «Negro» Peña Quevedo. Histología era dictada por el «Cojo» Roldán, un cojo más malo que ni para qué. Se aprendió el texto de memoria y ¡ay! del que no contestara con puntos y comas. Anatomía Patológica era dirigida por el doctor Delio Escobar, Delito, con Álvaro Urueta como preparador. Otro profesor de patología fue Samuel Uribe Escobar, que no tenía ni veniales de la materia. Parasitología la dictó Alonso Restrepo Moreno, el famoso Alonsito, un hombre ilustrado, pero regular como profesor. Contaba en clase que como era de tan baja estatura, en un accidente de tránsito que ocurrió al frente de su consultorio, en Sucre con Colombia, resultó un herido y, claro, Alonsito corrió a darle los primeros auxilios, pero lo detuvo un policía que ignoraba su identidad y le dijo: «Quítate de ahí, monito culicagao».

En bioquímica estuvimos con Jesús Peláez Botero, el médico que trajo a Medellín los elementos para realizar la reacción de Wasserman para el diagnóstico de la sífilis. Fui su preparador durante un año. Los estudiantes le tenían horror, pues rajaba hasta el diablo. Eugenio Villa Heusler, «Jencho Villa», nos dio medicina interna. Era un profesor bien preparado, inteligente, de agradable conversación. Tenía la costumbre de hacer una reunión con los estudiantes al final de cada año. El doctor David Velázquez Cuartas era una tarabita hablando de terapéutica. Un profesor especial fue Pedro Nel Cardona Correa, a quien llamábamos Pedro Nalgas, de ginecología. Era muy ingenuo, demasiado ingenuo, lo que daba lugar a bromas de los estudiantes. Tenía un sistema personal de enseñanza, pues luego de explicar algo se hacía la pregunta: ¿Y por qué, señores? Y él mismo se

daba la respuesta. Una vez habló así: «Cote dice en su libro que le ha dado muy buen resultado la resección del nervio de Latarjet para el tratamiento de la dismenorrea. Aquí hemos usado su método, pero los resultados no han sido buenos, ¿Y por qué, señores?». Y contesta uno por allá atrás: «Porque nadie sabe dónde queda el nervio de Latarjet». Eso fue el acabose. Pedro Nel se ofuscó mucho y me sacó de clase. Otra vez, habló de que en un diagnóstico se había equivocado por no haber aplicado el sexto sentido, y preguntó: «¿cuál es el sexto sentido, señores?». Y contestó el estudiante Rafael Uribe: «El sentido común», al mismo tiempo que él decía: «¡la experiencia!».

Años más tarde tuve un problema con este profesor cuando me presenté al concurso de jefe de Clínica Quirúrgica, pues en ese tiempo todo se hacía por concurso. Mi compañero de prueba era un médico viejón, de apellido Uribe, que venía de la población de Bolívar y era en ese momento director del Hospital San Vicente de Paúl. Como prueba, me tocó operar a un paciente con hernia inguinal reproducida, con vejiga en el saco, además de una pequeña hernia epigástrica. Me fue muy bien, pues llevaba un año de práctica. Al poco tiempo me dice el doctor Pedro Nel: «Ve, hombre Tomás, cómo te parece que tu examen fue el mejor, pero es muy maluco decir que un muchacho que apenas acaba de salir de la Facultad haya sacado el mejor puntaje, y para evitar este golpe tan duro hemos decidido calificarte con 44 puntos y 45 a tu compañero, pero no te preocupes que el año entrante te abro un campito aquí en ginecología». Eso me dio rabia y le contesté: «No se preocupe, doctor, que yo con alguien que me haga esto no trabajo». Determiné, entonces, no trabajar por los lados de cirugía. Me fui para medicina interna. Aristizábal Mondragón, que era el decano, me llamó para que diera clase de patología externa. No recibí sueldo durante veinte años que trabajé como profesor, al cabo de los cuales tuve problemas con el doctor William Rojas Montoya, que era jefe

del Departamento de Medicina Interna, y me retiré en 1963. Desde entonces, me he dedicado a la gastroenterología».

“Me gradué en 1943, con la tesis *Litiasis biliar en Antioquia*, que recibió mención honorífica. Durante mis estudios gané por concurso el ser preparador de química biológica, anatomía patológica y laboratorio clínico. También fui jefe de Consulta Externa del Hospital San Vicente de Paúl. En la Universidad de Antioquia trabajé como jefe de clínica quirúrgica, clínica tropical y clínica interna, y profesor, siempre *ad honorem*, de patología externa, semiología y medicina interna. Fui además fundador del Fondo de Previsión Social del Ferrocarril de Antioquia, en 1945. Fuera de la medicina, dedico mi tiempo libre a la acuarela y la cerámica. Escribo sobre humor en medicina. Estudio y escribo sobre la historia de mis antepasados médicos”.

El humor Quevedesco

“Tengo ingenio y cierta facilidad para ver el lado humorístico de la vida. Mi familia materna, y en especial mi madre, tuvieron gran sentido del humor. Ella era irónica, graciosa, y quizá por eso estoy contaminado de gracia. Me gusta leer obras humorísticas. En mi biblioteca tengo a Jardiel Poncela, Gómez de la Serna, Mingote; en fin, una serie de autores y obras que me permiten ver el mundo de manera graciosa. Además, el ejercicio de la

medicina se presta para el humor, quizá por las características de algunas enfermedades, la forma de hablar de los pacientes, las situaciones en que nos vemos los médicos. Hay casos de la vida diaria que he resuelto a través del humor, sobre todo verbal. No me animo mucho a escribir porque mi vena tiene mucho de ironía y sátira, que disgusta a la gente seria. Tengo gracejo y a veces se me ocurren cosas graciosas, pero me contengo para no herir susceptibilidades; aun así, se me salen las cosas, pues como decía el profe Carlos Vásquez Cantillo: «*hay situaciones parecidas a los telegramas de antes que traían la contestación pagada*».

Religión y muerte

Miro con indiferencia la muerte, quizá porque he estado cerca de ella. A los 16 años de edad sufrí poliomielitis que no fue diagnosticada en su momento «porque en Medellín no había polio». Dijeron que era una parálisis diftérica y, por ello, me aplicaron suero antidiftérico que venía en unas ampollas francesas muy hermosas, pero enormes, de 20 c/c por 20.000 unidades, para aplicar por vía subcutánea. Eran muy dolorosas. Recuerdo que primero me paralicé el brazo izquierdo. Más tarde, la parálisis fue respiratoria, que me acercó a la muerte. Sobreviví de milagro. También sufrí hepatitis y más recientemente me operaron de obstrucción arterial bilateral de miembros inferiores, que me obligó a hacer el testamento. En religión, soy agnóstico. ■